

# Adiós, Chester Binder

Ángeles Durini

Ilustraciones de Anabel Fernández Rey

loquelego



Entrar  
a la casa  
que era mía

era el jardín  
un patio de piedra.

Mi jardín  
era el silencio.

7

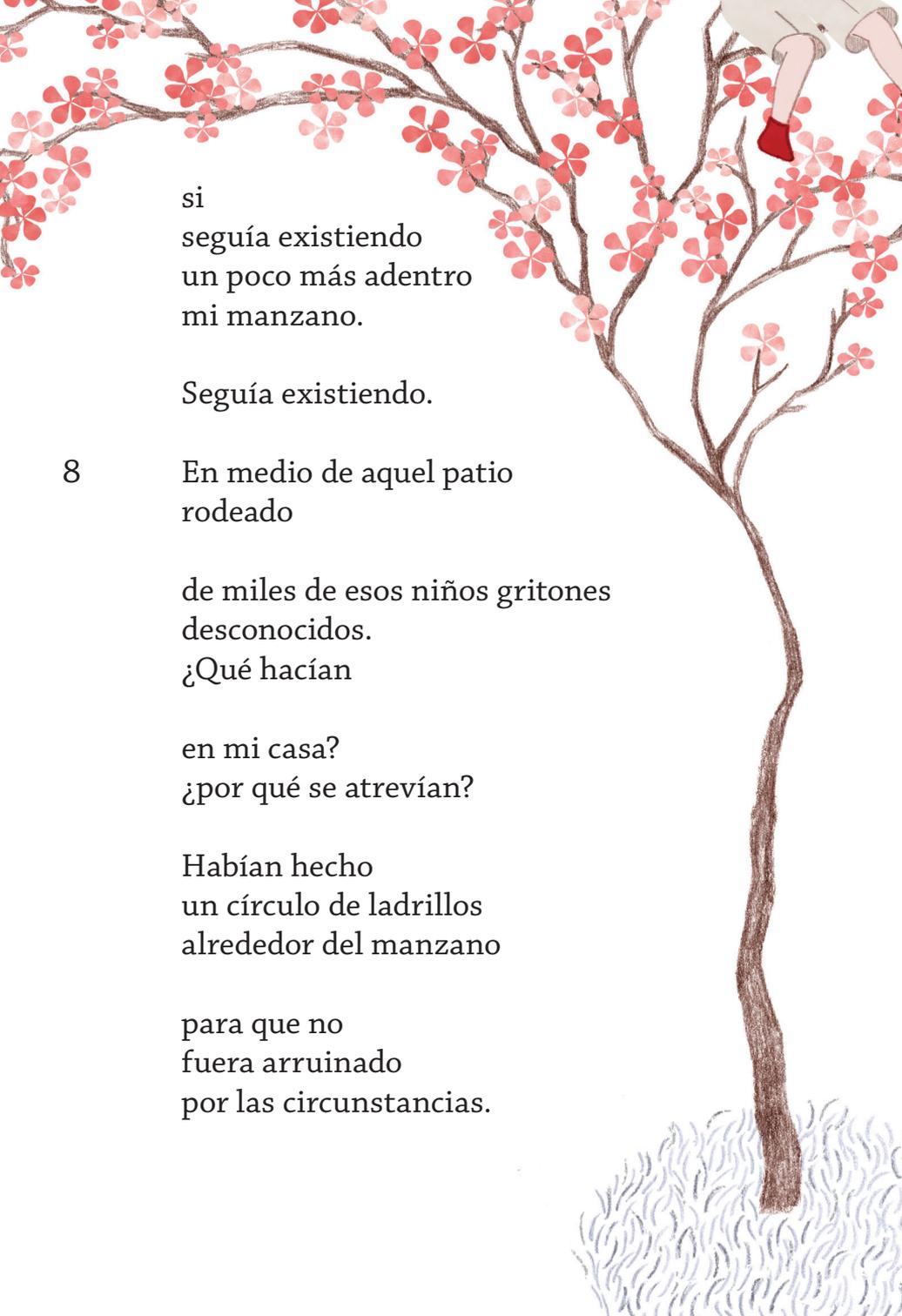
Un ruido de mar escandaloso  
miles de niños  
chocándose,

cómo podían  
estar contentos  
tan temprano.

Yo  
me quedé  
estática

paralizada  
apenas avanzada en algunos pasos  
solo para ver



A stylized illustration of a tree with a brown trunk and branches. The branches are covered in small, five-petaled red flowers. In the upper right corner, the lower legs and feet of a person are visible, hanging from a branch. The person is wearing light-colored shorts and red shoes. The tree is set against a plain white background.

si  
seguía existiendo  
un poco más adentro  
mi manzano.

Seguía existiendo.

8 En medio de aquel patio  
rodeado

de miles de esos niños gritones  
desconocidos.

¿Qué hacían

en mi casa?

¿por qué se atrevían?

Habían hecho  
un círculo de ladrillos  
alrededor del manzano

para que no  
fuera arruinado  
por las circunstancias.



Me acerqué  
tan despacio  
y comprobé

que lo rodeaba  
un trozo de tierra.  
La misma tierra

9

que antes  
habían pisado  
mis pies.

Un montón  
de niños,  
tres o cuatro,

apiñados  
sobre aquel murito

horrible

de ladrillos  
para proteger



lo único  
que habían dejado  
en pie.  
A mí

y al árbol.

10

Los dos  
nos encontramos  
en lo que una vez

fue nuestro jardín,

ahora lleno de gritos  
extraños.

Pero  
me faltaba  
lo peor:

un timbre aturdió mis oídos  
sonó  
por todo el patio

un rato largo.

Los niños  
se callaron al instante  
congelados.

Yo los miraba  
girando la cabeza  
por fin respirando.

11

El único movimiento  
en ese patio  
era mi giro.

Cómo podía ser  
que todos aquellos  
niños

hubieran quedado  
como una estampa:  
con cara de graciosos

con un brazo levantado  
una pierna  
una mueca.

De pronto  
un nuevo timbrazo  
violento

y los niños  
en silencio

12

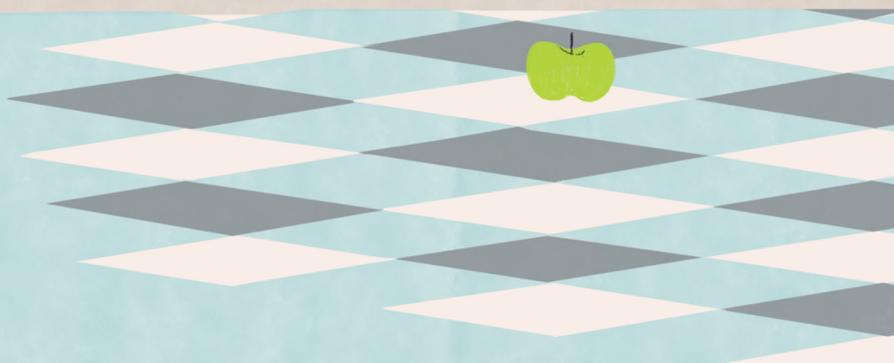
con algunas risas  
comenzaron a moverse  
casi muñecos

giraban sus cuerpos  
sobre las piedras  
de mi patio.

No, perdón,  
eso nunca

podía ser un patio mío

nunca.





Eso era  
un patio  
con un árbol.

El pobre árbol  
siempre  
era mi casa

14 cuando jugábamos  
al poliladron.

Los dibujos  
de aquellos niños con sus pies  
sobre las piedras

los llevaron  
a todos  
a formar filas

y a dejar  
el patio en orden  
frente a las puertas de atrás

de lo que un día,  
la primavera pasada,

fue mi casa  
y la casa de mis primos  
y la de mi abuela.

Todo el colegio,  
prolijo,  
ocupaba

ocupaba  
y ocupaba mi jardín  
donde ya

15

no quedaba pasto

ni la tierra  
en la que yo dibujaba  
mis redondeles

mis monigotes  
mis triángulos  
mis letras

mi nombre.

Sobre esa tierra  
saltábamos con mi amigo Chester

y dejábamos las marcas  
de nuestras huellas.

Cuando yo era  
Chester Binder  
saltaba mucho más alto

16

y mucho más largo  
que cuando yo era yo.

Ahora solo había quedado  
un pedacito de tierra rondando  
aquel manzano

mi manzano.

Y una amenaza  
para los que no  
se paralizaran frente al timbre:

quedar rodeados  
de una pila  
de ladrillos.

De pronto  
me di cuenta  
de que me encontraba sola



fuera de las líneas  
en donde estaban todos  
firmes  
y a distancia.

Calculé cuál  
sería mi grado

y  
arrastrando

la mochila

me puse  
en una fila detrás

de unos que vi  
más o menos

de mi tamaño.

